

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Núm. 39

**LAS DOS
TORMENTAS**
(WAY DOWN EAST)



25 céntimos

Protagonista
LILLIAM GISH

Revista Semanal

Las dos tormentas

(WAY DOWN EAST)

Argumento, en forma de novela, de la película así titulada. Exclusiva de «Empresas reunidas»: Paseo de Gracia, 56.

PROTAGONISTA: LILLIAM GISH

I

En un pueblecito rural de Massachusetts, uno de los Estados de la América del Norte, vivían su humildísima vida la señora Moore y su única hija, Ana, sujetas a la austeridad de costumbres y al acendrado fervor religioso cuya observancia no han desterrado aún, ni siquiera debilitado, las conquistas de los tiempos modernos, tal vez porque a estas pequeñas villas llegan muy atenuados, cuando llegan, los latidos evolucionistas de las urbes.

Pero un día, agobios pecuniarios de angustiosa gravedad, obligaron a la señora Moore a enviar a su hija a la capital, para demandar la ayuda de las Fremont, unas primas acaudaladas de cuya generosidad esperaba la solución de sus conflictos.

Antes de partir Ana, protagonista de esta his-

toría, para Boston, en la conversación que tuvo con su madre, no pudo reprimir algunas palabras de disgusto por la misión que se le encomendaba.

—Mamá—dijo,—me repugna ir a pedirles dinero.

—Lo comprendo, hija mía. Pero no hay ninguna otra solución para nuestros conflictos. Yo tampoco quisiera pedirles nada, pero, ¿qué haremos si no damos este paso?

—Es verdad, madre. Venceré mi repugnancia. Iré a demandar esa ayuda imprescindible.

En seguida, Ana se dispuso para partir. Su madre, entregándole unos paquetes, le recomendó:

—Dirás a mi prima Emilia que hice este cobertor con mis propias manos.

—Lo diré.

—Como asimismo estos guantes, que La Revista del Hogar dice que están ahora de moda en la ciudad.

Partió la joven hacia la ciudad lejana. No iba contenta. Parecía adivinar lo penosa que es la jornada, por el sendero de la vida, para «la paciente pobre». No la engañaron sus presentimientos. Cuando llegó a Boston, no obtuvo una cordial acogida por parte de su familia. Más bien se avergonzaron de verla, tanto a causa de su arbitrario vestir, cuanto por su encogimiento pueblerino. Las cuales cosas hacían un violento contraste con el lujo deslumbrador de la casa, y con las maneras ágiles y corteses, fríamente corteses, imponentes en aquella sociedad de ella desconocida.

Pero una de sus tías, mujer excéntrica, a la que Ana no había sido desagradable, se propuso convertir a la sencilla joven en una mujer extraordinaria, digna de llamar la atención en los dorados círculos que los Fremont frecuentaban. Y co-

mo Ana era una muchacha bellísima, este propósito era cosa de fácil realización. Bastaba un cambio de vestidos. Esto da idea acabada de lo superficial de aquello que Ana creyó, en un principio, cosa inaccesible.

El día que Ana llegó, casi nadie quiso saludarla. Mas, después, cuando vieron que la tía excéntrica la protegía, todos eran a rodarla y a querer tener atenciones con ella. Ella, sin embargo, no olvidaba el frío recibimiento que le habían hecho. Y sólo esperaba un momento propicio para explicar la causa de su viaje y para huir, alegre, al lado de su madre. Pero no se presentaba esta ocasión. Siempre que ella iba a decir algo, la interrumpían. Aguardaba, aguardaba impaciente el poder pedir dinero, que tanto le repugnaba, y más cuando conoció a las personas a quienes había de pedirlo.

El día que Ana llegó a la casa de sus tías, sus primas ofrecían un té—con naipes—a sus amistades, entre las cuales se contaba, casi en primer lugar, un tipo llamado Luciano Sanderson, conquistador de mujeres ingenuas, aventurero, representante de un tipo que abunda mucho en lo que se llama sociedad, y que, para vivir, sólo contaba con las rentas de su padre. Sanderson vió a Ana y le llamó mucho la atención, por su belleza morena de campesina, por su gracia natural y reposada. Y pensó que le había llegado, como caída del cielo, una conquista más.

Días después, se celebraba un gran baile en la casa de las Fremont, con el cual culminaba la brillante temporada de la alta sociedad.

Ana, avisada con tiempo, se puso un vestido que le había hecho su madre, especialmente, para el caso de que tuviera que presentarse en sociedad.

El vestido, claro es, era muy diferente del de sus primas. Y éstas tomaron venganza de ella, diciéndole:

—Sí, está muy bien. Pero es muy raro. No puedes entrar con él en el salón... Desde la galería, podrás vernos bailar...

Este día fué cuando la tía excéntrica se dedicó, fatalmente, a llevar a cabo su propósito de transformar, por fuerza, a Ana. Lo hizo señaladamente para dar rabia a sus hermanas, a las cuales no tenía el menor afecto.

Buscó, pues, a Ana; la llevó a sus habitaciones particulares y la hizo ponerse un vestido lujosísimo, pero con un descote tan descomunal, que Ana inquirió:

—Pero, tía, ¿dónde está la parte de arriba de este vestido?

Se rió su tía de bien buena gana de aquella ingenuidad. Y luego trató de convencerla de que aquel vestido no podía ni debía ser de otro modo.

Un poco más tarde, bajo el esplendor áureo de las luces, hacía su entrada triunfal en el salón la bella aldeana. Y todas las miradas se clavaron en ella. Era, en verdad, su presencia lo más extraordinario de la fiesta.

La delicada belleza de Ana, realzada aquel día por el lujo, fué como un látigo para los nervios de Sanderson. El cual se estremeció y sintió renacer todos sus apetitos haziados.

En seguida procuró acercarse a la joven y hablarla y galantearla. Casi todos los demás hombres le imitaron. Las otras jóvenes se quedaron sin cortejo. Lo cual hizo nacer una rivalidad, para la inocente Ana, henchida de odio.

Sanderson, hablando con ella, decía:

—Es la belleza de usted tan extraordinaria, que

me siento sojuzgado, enamorado como nunca lo estuve, loco, apasionado. Es usted la encarnación de la mujer-lirio. A su lado, no hay más remedio que soñar con el amor.

Ana, que no había oído en su vida palabras tan seductoras, escuchaba con toda su alma, sin saber qué contestar.

En tanto, su tía Emilia, temerosa de que sus hijas quedasen en la penumbra ante la radiante belleza de la aldeana transformada, imaginaba un plan para quitarla de en medio por aquel día, pensando al mismo tiempo en encontrar la manera de alejarla para siempre. Por lo pronto, la llamó y la envió a su alcoba. Ana, obediente, salió. No volvió más. Su tía había procurado que no volviese al salón donde tenía lugar la fiesta.

Pero Sanderson, no por haberla perdido de vista aquel día, renunció a sus propósitos de seducción. Se sentía dominado, obsesionado por el deseo de que Ana fuese suya, y se prometió asimismo no cesar en su empeño. Y, al efecto, en los días sucesivos fué, sin faltar uno, de visita a casa de las Fremont, procurando, en aquellas visitas, tener encuentros y charlas, cada vez más extensas, con Ana, a la que siempre hablaba, con palabras tan encendidas como falsas, de su gran amor, de la pasión que había nacido en su pecho, de lo feliz que sería si pudiera acariciar alguna esperanza.

Por fin consiguió que Ana le prometiese salir un día de paseo con él y visitar de paso su casa de soltero. Le arrancó la promesa de esta visita con el pretexto de presentarla a una tía suya. Y como Ana no tenía confianza con ninguna de sus parientas, a nadie habló de ello. No pudo enterarse, pues, de que Sanderson no tenía ninguna

tía y de que todo aquello no era nada más que una red que iba tejiendo para aprisionarla...

Llegó el día del paseo. Ana iba contenta, pues que se creía amada. Y cuando llegaron a la casa de él, como no hubiera nadie, ante el gesto de sorpresa de la joven, Sanderson dijo:

—Espere usted aquí... Voy a llamar a mi tía.

Estaban en un salón lujoso y de muebles suntuosos. Ana se sentó en una butaca y Sanderson salió por una puerta, hacia los interiores de la casa. Poco después volvió, con un gesto de simulada sorpresa, y dijo:

—Es extraño... Mi tía no está. Y el caso es que no sale nunca. Espere usted, Ana, no se impaciente, sólo cinco minutos. No debe tardar. No es posible que tarde...

—Bien. Esperaré. Pero sólo cinco minutos... Si no viene en ese tiempo, me iré, debo irme... Ya habrá ocasión otro día de que me presente usted.

Sanderson, oyéndola, se sentó a su lado. E intentó abrazarla. Ana se levantó rápida.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—¿No lo comprende usted? ¡Esto es que la amo!

Sanderson, por el gesto que Ana había hecho al rechazar su abrazo, comprendió que sería imposible su propósito de seducción. Y, en seguida, concibió un plan seguro. Y dijo:

—Esto significa, amada Ana, que pretendo que sea usted mi esposa. ¿Acepta usted?

El corazón inexperto de Ana cayó en la red tan hábilmente preparada. Contestó:

—¿Que si acepto? ¡Sí! ¡Soy tan feliz de sentirme amada por usted! ¡Hoy mismo se lo contaré a todo el mundo! ¡Qué alegría!

Ana, con este casamiento, veía también resuelta la cuestión que la había llevado a la ciudad. Ya no tendría que pedir dinero a sus parientas. Dispondría del de su marido. Le llevaría a la madre la cantidad que necesitara. ¡Todo, todo resuelto!

Mientras ella meditaba esto, Sanderson, que no pensaba, ni mucho menos, en casarse, que si había dado aquella palabra era con el propósito de seducir a Ana valiéndose de un simulacro de boda y no de una boda seria, veía irse por tierra su plan, toda vez que Ana quería decir a todo el mundo la noticia. Después de una larga pausa, dijo a la joven:

—No, Ana, no digas nada de nuestro casamiento. Conviene que lo hagamos en secreto. Mi padre tiene un proyecto matrimonial para mí y no conviene ponerle en guardia. Es mejor que se entere cuando ya seas mi mujer.

Ana, que creyó sinceras estas palabras, accedió.

Había caído en los planes perversos del despreciable conquistador.

II

Algunos días después, Ana disponía su viaje hacia la aldea, para decir a su madre que esperara un poco a tener el dinero. Para explicarle que no había querido pedirlo a sus parientas, que no eran merecedoras de su confianza ni de su amistad, y que muy en breve ella se casaría con un hombre que podía sacarlas de apuros. Sanderson, enterado del proyectado viaje de Ana, y temiendo que se le escapara la presa, convenció a la joven de que debían celebrar su secreto matrimonio antes de la partida.

—Así irás siendo ya mi mujer.

—Bueno. Como tú dispongas: ¡Tengo tanta confianza en ti!

Aquel mismo día Sanderson buscó a amigos suyos para que se prestaran a hacer, de juez uno, de pastor otro, en el casamiento. Sabido es que esto no es difícil en América. Cada año se descubren algunos casamientos apócrifos.

Y poco después, en el aposento más lujoso de la Posada de las Rosas, tenía lugar el falso enlace.

Antes de ello, Ana tuvo algunas dudas; hizo algunos reparos. Pero Sanderson, con esa serenidad que da el cinismo, la tranquilizó diciendo:

—No te preocupes... Todo está bien. ¿Acaso dudas de mí?

—No; si dudara, no estaría aquí.

Y se consumó la unión. En aquel mismo aposento, poco después, Ana se entregaba a su amado. Sanderson había triunfado.

Para ella, aquel instante representaba la encarnación de sus sueños juveniles... Para él... una aventura más.

Hubo un momento, sin embargo, en que la conciencia de él no se sintió tranquila.

—Tal vez — pensaba — la menor interrupción eche abajo todos mis planes.

Esto hubiera sido lo deseable, para impedir la deshonra de una mujer y la tragedia que luego la sigue. Pero no ocurrió nada. El destino, muchas veces, es impío...

Y por si era poco el deseo que había empujado a Sanderson a dar aquel paso, Ana, verdaderamente enamorada, en cuanto se quedaron solos buscó refugio en sus brazos, exclamando:

—¡Mi... maridito!...

Era fatal que Ana cayera, y cayó.

Siguieron unos días de deliciosa luna de miel para ella, cada vez más enamorada. De inquietud para él, que, una vez satisfecho su deseo, sólo pensaba en encontrar un medio de alejar a Ana de su lado.



La casualidad, o más bien el deber que Ana tenía para con su madre, vino a traer una solución. Ana dispuso su proyectado viaje a la aldea. Le dolió suspender su luna de miel, pero comprendía que no podía demorar más la visita a su madre, que la esperaba con impaciencia. Así, pues, procurando consolar a su *esposo*, le dijo que había de partir.

—Bien—repuso él.—Ve a ver a tu madre. Es tu deber. Yo esperaré. —Pero—añadió simulando cariño,—prométeme que sólo estarás allí dos días.

—Te lo prometo.

Ana salió para su antiguo hogar llevando consigo el gran secreto de su nueva situación.

La madre, cuando ella llegó, estaba un poco enferma. Tendría, pues, que estar en la aldea más días de lo que pensara. Lo escribió así a Sanderson. Y éste, encantado de ello, le contestó que estuviera todo el tiempo que fuera menester. Precisamente desde el mismo día que Ana marchó él había vuelto a su vida crapulosa de siempre, y lo que menos deseaba es que Ana volviese.

Ana guardó hasta para su madre el secreto de su casamiento. Y como hubo de quedarse al lado de ella por mucho tiempo, procuró tener entrevistas secretas con Sanderson, que venía a la aldea, llamado por ella, sin que la madre sospechara nada. Pero estas entrevistas se fueron volviendo cada vez menos frecuentes. Sanderson muchas veces no acudía a los llamamientos de Ana.

Pero ésta no sospechaba aún nada. Si le hubiera sido dado trasladarse a la ciudad, habría visto que el que creía su esposo llevaba una vida despreciable. Como ella amaba, no suponía, ni hubiera creído que no era amada.

Cuando su madre le hablaba de la penosa situación en que se hallaban, reprochándole un poco que no hubiese pedido dinero a sus tías, para lo que había ido a Boston, Ana se esforzaba por tranquilizarla hablándola, con alusiones cariñosas, de la riqueza misteriosa que les había de llegar un día...

La madre, claro es, no comprendía aquellas alusiones, y se desesperaba porque Ana no aclaraba sus palabras. Ana sufría por esto, pero había prometido guardar su secreto y lo guardaba de modo absoluto.

Un día, cuando ya muchas veces Sanderson ha-

bía dejado de acudir a las entrevistas que Ana le indicaba, ésta, que tenía un nuevo secreto, del que sólo podía hacer partícipe al que creía su marido, le llamó urgentemente. Prometió él acudir.

Y, en efecto, acudió.

Desde que le vió llegar, frío e indiferente, Ana comenzó a sufrir. Y dijo algunas palabras, sensatas, medidas, un poco estremecidas por la emoción que la dominaba.

El, atento solamente a su interés particular, interrogó:

—¿A nadie has dicho que nos casamos?

—A nadie. Pero ahora ya será preciso decirlo. Hay para ello una nueva razón, tierna y conmovedora, por la cual es imposible seguir guardando el secreto...

—Pues es necesario guardarlo. Nadie debe saber nada... Es preciso que nadie sepa nada de nuestra unión.

—Si sólo dependiera de mí, como hasta aquí, seguiría callando. Pero ya te digo que hay una razón nueva... ¿Por qué insistir tanto en que nada se sepa? Ya es inútil. No habrá otro remedio que decirlo.

—No sé que razón sea esa a que te referes. Pero ya que te empeñas en saber la verdad del por qué mi interés en que nada se sepa, te la diré: la verdad es... que, realmente, no estamos casados.

—¿Cómo? ¿Que no estamos casados? Eso no es posible. ¿Debe ser una broma lo que dices! ¿Verdad? ¿Verdad que es una broma?

—No, Ana, no es una broma. ¡No estamos casados! La verdad es esa: ¡no estamos casados! Aquella ceremonia fué falsa.

—¿Qué es lo que oigo? ¡Yo me voy a volver

loca! ¿Que no estamos casados? ¿Qué va a ser, pues, del hijo que nos va a nacer?

—¿Un hijo?

—Un hijo, sí. Esa era la razón de que no pudiera ya guardar el secreto.

—Escúchame, Ana. Si me hubiera casado contigo, habría arruinado mi porvenir.

—¿Y por no arruinar el tuyo has sacrificado el mío? ¡Vete! ¡Vete de mi presencia, miserable!

—Pero aunque yo no esté casado contigo, eso no quiere decir que vaya yo a abandonarte ahora... ¡Te daré cuanto necesites!...

—¡Vete, repito! ¡No quiero oír esas palabras que manchan! No quiero nada de ti, no necesito nada.

El gesto de Ana era tan digno, que Sanderson no encontró, ni en su cinismo, palabras que decir. Y se alejó.

Un momento después, refugiada en los brazos de su madre, Ana le contaba todo lo que le había ocurrido. Hizo de sus culpas una confesión completa. La madre le dijo que ella no era culpable de nada. Había sido víctima de su propia inocencia. Pero vanamente intentaba la señora Moore consolar a su hija. Era ella, señaladamente, la que necesitaba consuelo. Aquel golpe venía a agravar su enfermedad, a acabar con sus ya escasas fuerzas. La idea de que su hija había sido deshonrada, era para ella el peor de los suplicios. Tan rudo era aquel golpe, que pocos días después dejó de existir.

Sola en el mundo ya, y próxima a ser madre, Ana huyó de su aldea natal para no ser escarnecida por sus convecinos, y se refugió en un pueblecito lejano, en Belden, donde podría sobrellevar más fácilmente su vergüenza, pues que allí nadie la conocía.

Poco tiempo después de haberse refugiado en este pueblo, donde vivía en una pensión, gastando el poco dinero que había logrado reunir, vino al mundo su hijo, criatura linda que aventó del corazón materno, con su clara sonrisa, las densas brumas del pesar. Pero a los pocos días el niño cayó enfermo. Habían sido tantos los pesares de la madre, en los días que precedieron a su nacimiento, que nació débil y propicio a enfermar por la más pequeña causa. Y la enfermedad fué agravándose hasta tal punto, que ya casi no había esperanza de salvarlo.

La dueña de la pensión, cuando vió al pequeño con fiebre, dijo a Ana:

—Hija mía, este niño está muy malo. Será preciso que llamemos al médico.

Vino el doctor. Reconoció al niño, con un gesto bien visible de que todo era inútil. Sin embargo, recetó y dijo a la madre:

—Diez gotas de esta medicina en un poco de agua... cada hora... hasta que regrese yo...

En seguida se despidió. Era claro que todo había sido una fórmula y que no había de volver.

Cuando salió el médico, la dueña de la pensión dijo a Ana:

—¿Dónde está su marido?

—Está ausente...

—¿Por qué no le avisa?

—Sería inútil... Está en Europa... No podría volver... Ya le telegrafiaré después, cuando el niño haya muerto, si es que ha de morir... ¿Para qué inquietarle con una duda?

—Sí, cierto.

Llegó la noche y Ana la pasó al lado de la cuna, inválida para todo esfuerzo por la salud de su hijo,

y sola, sufriendo horriblemente al ver como aquel pedazo de sus entrañas iba muriendo poco a poco.

Cuando amaneció, salió un poco de la estancia, obligada por la dueña de la pensión, que se quedó al cuidado del enfermito. Poco después de haber salido, cuando se hallaba respirando un poco de aire libre, en tanto que lloraba pensando en su vida deshecha y en el hijo que creyó venía a ser su alegría y que se le moría, pues estaba ya segura de ello, vió que la dueña de la casa se le acercaba y oyó que previamente le decía :

—Hija mía, su niño... ha muerto...

Corrió al lado de la cuna. ¡Era verdad que había muerto! Ella, deshecha por el dolor, cayó desvanecida. Hubieron los demás de cuidarse de todo lo concerniente al entierro de la criatura. Ana no estaba para nada. Su vida se iba tornando cada vez más triste...

Pocos días después se empezó a hablar con insistencia, en todo el pueblo, de Ana.

Y la propietaria de la pensión, mujer que encubría la sequedad de su alma con el temor aparente a las lenguas mordaces, llamó a Ana y le dijo :

—Todo el mundo está murmurando porque no tiene usted marido... Esto es un descrédito para mi negocio... Mejor será que se vaya usted...

—Sí, mejor será...

Aquel mismo día, la desventurada, sin dinero, sin amparo, sin esperanzas, emprendió la peregrinación, con su cruz a cuestas, de casa en casa y de aldea en aldea, pidiendo trabajo y sufriendo repulsas y mofas y hasta insultos que escarnecían su dolor, sin que un solo corazón humano tuviera para ella, ya que no piedad, comprensión por lo menos para su amarga desdicha.

III

Tras un largo peregrinar, tan angustioso como estéril, llegó a la villa de Vermont y se detuvo, exhausta, ante la quinta de la familia Bartlett. Esta familia, una de las más ricas de la comarca, estaba compuesta por el padre, severo puritano, alma de acero en cuerpo de roble, que vivía conforme con las Escrituras, según él las entendía, es decir, como un Código en que todo son prohibiciones ; por la madre, señora cuya alma era tan dulce como la miel que destilan las páginas evangélicas ; y por el hijo, David, joven que tenía alma de poeta y vivía constantemente en el dorado castillo del ensueño.

Cuando Ana llegó a la puerta de la quinta, Holler, el mozo, se acicalaba para ir a la estación en busca de Catalina, una sobrina de Bertlett que llegaba aquel día.

Bertlett gritó :

—¡Holler, date prisa ! Ya es hora de salir para la estación. El tren en que llega Catalina no tardará.

Ana, viendo que aquél era el dueño, por el modo como mandaba, se acercó a él y le dijo :

—¡Ando buscando trabajo !

—¿Trabajo ?—repuso Bertlett.—¡No tiene usted el aire de poder trabajar mucho ! ¿De dónde es ? ¿Quién es su familia ?

—No tengo familia.

—¡Sabe Dios quién será usted !... ¡Ni de dónde vendrá !... A lo mejor, resulta una de esas desvergonzadas que merodean por los caminos... ¡No me conviene !...

—¡Señor !

—Nada. Lo siento, joven, pero no puedo hacer nada por usted...

Salió en esto, llegando hasta donde estaban, la señora de la casa. Y enterada de lo que Ana pedía, dijo:

—Y lo que hiciereis en favor de uno de éstos, por mí lo hacéis... Eso dice el Evangelio...

—Bueno—repuso el marido.—Pues que se quede a nuestro servicio... Nadie dirá que yo no obro de acuerdo con las Escrituras.

Quedó, pues, admitida como criada, nuestra desdichada protagonista. La dueña de la casa, mientras le explicaba cuáles serían sus obligaciones, llevándola por todas las estancias de la quinta, le decía:

—Sean cuales fueren sus penas, joven, tenga la seguridad de que aquí nada le faltará.

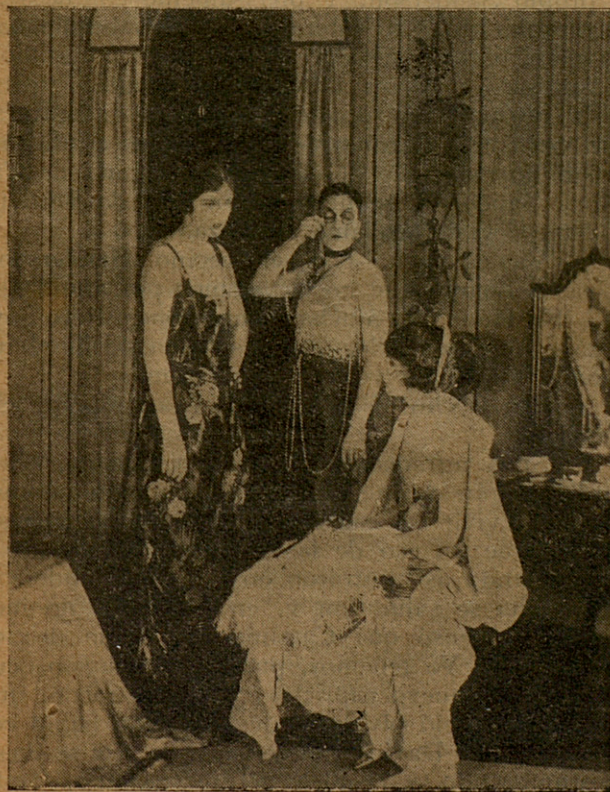
—Gracias, señora, muchas gracias.

Quedó instalada en una habitación lejana y muy íntima. Empezaba, pues, a acariciar esperanzas de paz.

Cuando apenas salió, de junto a ella, la señora de la casa, se oyó gran ruido. Acababa de llegar la viajera esperada, Catalina, sobrina de Bertlett, a la cual, desde que ambos eran niños, tenía destinado Bertlett a su hijo David. A ellos, es verdad, no los habían consultado. Pero, por lo visto, esto no era preciso. Bertlett había hecho sus cálculos y no pensaba que nadie pudiese venir a echarlos por tierra.

Catalina era una muchacha educada en una gran ciudad, bastante despierta, alegre, bella, un poco coqueta, frívola, encantadora. En la casa todos estaban que no sabían qué hacer para ser agradables a la recién venida. Todos menos David. Le agradaba la charla de su prima, pero no le gustaba para esposa. Y como sabía que era esto lo que se inten-

taba, se mostraba frío, para ver si de este modo Catalina también procuraba que no se realizase aquel



matrimonio. Pero a Catalina esto le era indiferente. Se dijera que nada sabía de ello. Tan ajena parecía a todo lo que no fuese ella misma.

En la misma villa de Vermont, en las afueras, tenía otra quinta la familia Sanderson, amiga de la familia Bertlett, a la que solía ir a pasar los veranos el propio Sanderson. Y precisamente entonces se encontraba allí, y al enterarse de que había llegado Catalina, de la que era un ferviente admirador, se apresuró a visitar a la familia amiga.

Y he aquí por donde Ana iba a encontrarse otra vez frente al causante de todas sus desdichas.

La misma tarde del día de la llegada de Catalina, Sanderson se presentó en casa de Bertlett. Y éste, al verle, exclamó alborozado:

—¡Vaya, vaya, con el vecino Sanderson! ¡Cuánto tiempo que no le veíamos por aquí!

—Sí. He tenido muchas ocupaciones. Pero hoy, al saber que había llegado su sobrina, lo he abandonado todo para venir a saludarla.

—Bien hecho. Catalina sabrá agradecerle su atención.

—¡Si el agradecido debo ser yo, señor Bertlett!... Figúrese usted lo que es, para un hombre como yo, vivir en este destierro. Catalina, con su charla, trae un eco de las grandes ciudades.

Hablando así, entraron en la casa. Sanderson y Catalina se saludaron y, en aquel mismo momento, él pensó que Catalina era digna de ser conquistada. Ya tenemos, pues, a Sanderson ocupado en un nuevo capricho; y tan ocupado, que olvidó, o simuló olvidarlo que Catalina había venido para que David la viese cerca de sí y se fuese acostumbrando a la idea del matrimonio. Todo esto le era indiferente a Sanderson. Si para conseguir a Catalina era preciso no sólo burlar sino hacer escarnio de la amistad con los Bertlett, lo haría. ¿Qué importaba esto? El caso era satisfacer su capricho.

Para que Bertlett no advirtiera su entusiasmo por Catalina, Sanderson le habló de que deseaba comprar una ternera. Ya conocía bien a Bertlett, el cual, hablándole de negocios, no pensaba en nada más.

Entró, cuando de esto hablaban, David. Y su padre le dijo:

—David, antes de que anochezca, procura tener un rato libre para poder enseñar al señor nuestras terneras, pues quiere comprarnos una...

—Bien. Cuando él quiera...

Poco después, Sanderson paseaba, solo, en una estancia de la quinta. Y entró en ella, buscando algo, Ana. Su sorpresa la obligó a dar un grito, el cual no resonó en toda la casa, porque acertó a tiempo a taparse la boca con una de sus manos.

Sanderson, contrariado al encontrarse allí con la víctima de su vileza, pensando con la mezquindad de siempre, mezquindad de libertino impenitente, juzgó que debía alejar de allí inmediatamente a la joven, pues que su presencia sería un obstáculo para la realización de sus insanos anhelos acerca de Catalina. Y dijo a su víctima:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He llegado hoy y he entrado en esta casa a trabajar.

—Pues es preciso que te marches... No puedes quedarte aquí por más tiempo... Yo vivo en una quinta cercana...

—Por no verte, me iré con mucho gusto.

—¿Tanto es tu rencor?

—No, rencor no. Se tiene rencor a personas a quienes se les reconoce algún mérito. Para ti, yo no tengo nada más que desprecio; eso es lo único a que es acreedora tu ruindad. Claro es que me marcharé de aquí, y hoy mismo. No quiero

que tus ojos puedan mirarme. Porque manchan sus miradas...

Había llegado la hora de la cena y alguien, desde la puerta de la estancia, dijo:

—Venga usted, señor Sanderson... La cena está dispuesta.

Salió Sanderson. Al mismo tiempo que él salía, entraba por otra puerta David. Al cual dijo Ana:

—Me parece que su papá tenía razón esta mañana... ¡No tengo fuerzas bastantes para este trabajo!... ¡Me tendré que marchar! Y lo mejor será que me marche ahora mismo...

David, que desde que vió, por la mañana, a Ana había sentido hacia ella una profunda simpatía, le repuso:

—Por Dios, no se vaya usted, señorita Moore... La quiero... la queremos todos en esta casa... Ya irá cobrando fuerzas.

Vió Ana en este ruego tanta cordialidad, que no se atrevió a insistir en su deseo de marcharse. Y hubo un largo silencio, durante el cual los dos jóvenes se sintieron muy cerca el uno del otro.

Alguien gritó:

—¡Ana! ¡David! Pasen. La mesa está puesta.

Un momento después Sanderson sufría el suplicio de comer junto a la mujer que, con sus miradas de desprecio, le tenía confundido.

Ana se quedó, pues, en la finca. Sanderson, en sus visitas para conquistar a Catalina, procuraba no encontrarse con ella. Y así fué pasando el tiempo y la vida de Ana siguió siendo para todos como un libro cerrado. Sin embargo de esto, logró ganarse el cariño, la estimación y el respeto de todos los de la casa.

Sin conocer nada más que la vida sin mancha

que Ana hacía en su casa, David la consideraba como la realización de sus ensueños... Ana era para él la flor original de sus ilusiones. Y se olvidó por completo de su prima y de los propósitos de su padre de casarle con ella. No pensaba nada más que en Ana, y todas sus poesías de aquellos días estaban inspiradas en ella y dirigidas a ella. Ana nada sabía de esto, pero, poco a poco, había ido viendo nacer, en su corazón, un cariño acendrado y fuerte hacia el joven Bertlett. Nadie, sin embargo, lo había sospechado. La joven era lo suficientemente prudente para guardar, como un tesoro, sus íntimas emociones.

Si bien con Sanderson se había engañado, con David estaba segura de no engañarse. A éste le conocía y sabía que era bueno, y honrado, y cariñoso. Pero, para ella, imposible. Guardaría, en su pecho, secretamente, aquel amor que nacía. Se contentaría con saber que había puesto su amor en un hombre que lo merecía, que era digno de él. Con esto, por lo pronto, se consideraba dichosa. Y como no esperaba que David la amara, aunque veía en él para ella atenciones delicadas, sería feliz, en lo que cabe serlo en tal situación, con amarle ella en silencio.

Más las cosas habían de ocurrir de otro modo.

Un día, David y Ana salieron de paseo. Y al llegar junto al río, hasta cuyas riberas llegaban las notas distantes de una catarata, las cuales notas parecían una canción, ambos se quedaron, en silencio, mirándose muy fijamente a los ojos, en los cuales se leía, claramente, todo un poema de amor... En torno, se respiraba, plenamente, el aroma de los campos, de los árboles, de las flores...

David, señalando el sitio en que el río se bifurcaba, comenzó a recitar unos versos de pasión

encendida. Y, palpitante, habló a Ana de que pensaba cuán bien irían los dos, juntos, mano sobre mano, por el sendero de la vida.

—¡Amarse!—exclamó con voz conmovida.—
¡Un corazón para otro! ¡Un alma para otra alma... por toda la eternidad, confundidos en el mismo amor!... ¡Qué delicia!...

Ana, al oír aquellas palabras, se sintió dominada por sus sentimientos. Y estuvo a punto de confesar su amor, tan hondo y tan sentido... Pero, de súbito, el espectro de su pasado puso un crespón sobre la llama de su gran amor. Y las palabras se helaron en su boca.

David insistió, ya más claramente:

—Ana, te amo... Debo decirte que te amo... Te he amado durante toda mi vida... Tú eres la mujer soñada desde mi adolescencia. Cuando llegaste, lo advertí; hoy, estoy ya tan seguro de ello, que no podría callar por más tiempo. ¡Te amo! ¿Quieres ser mi esposa?

—David, amigo mío—contestó Ana,—yo también te amo... ¿Para qué ocultarlo? Pero nuestro amor es imposible. Aparte de tu compromiso con tu prima, hay otros motivos poderosos, por mi parte, para que no volvamos a hablar, nunca, de este amor. No me obligues a despedazar mi alma, explicándote estos motivos: no podría hacerlo. Bástete saber que yo también he hallado en ti mi sueño de toda la vida... ¡Pero es demasiado tarde!...

—¿Por qué? ¿Por qué, si nos amamos, ha de ser demasiado tarde? Para el amor, cuando es grande como el nuestro, nunca es tarde.

—No puedo decir ni una palabra más. Pero atiende mi ruego: nunca, nunca más, debemos hablar de este amor...

Y se alejó del joven, con el alma deshecha de dolor. Cuando ya él no podía verla, Ana dió rienda suelta a sus lágrimas que antes, con gran esfuerzo, había contenido. Y se sintió tan infeliz, precisamente en el momento que supo que era amada, con un amor como el que ella sentía, que si le hubiera llegado la muerte en aquel instante, no se habría dado cuenta de ello.

IV

Pasó el verano, en su barca de sol..., pasó el otoño, esa bella estación tan propicia a los sueños, y llegó el invierno, con su túnica de nieve. Precisamente la villa en que estaba situada la finca presenciaba, durante el invierno, diarias nevadas. El río cercano, suspendía su marcha, impedida por la nieve. Todo el contorno era un campo llano y blanco, como una estepa siberiana.

En la quinta, suspendidas las labores agrícolas, la vida humana se refugiaba, aterida, junto al fuego del hogar.

Ana, cuya tragedia permanecía aún ignorada de todos, se había hecho indispensable para la familia Bertlett, y sólo afecciones, si bien de distintos matices, había, por parte de todos, para ella.

Y llegaron los últimos días del invierno, cuando comienza el deshielo. En estos días, nadie salía de casa. Bertlett padre solía recomendar a todo el mundo:

—No salgáis al campo en esta época de deshielo. Hay que tener mucho cuidado... Los bloques de nieve se resquebrajan, el río comienza de nuevo su carrera hacia el mar, y donde uno

menos lo espera se hunde y es arrastrado por las aguas del río.

Para celebrar la vuelta del buen tiempo, en la casa de los Bertlett, cada año, se celebraba una gran fiesta. Y el día señalado para ella, Ana fué a la tienda de la villa para comprar gran cantidad de golosinas.

Junto a la tienda de comestibles, estaba establecido el Círculo de Costura, donde se reunían muchas mujeres del pueblo y que era una especie de mentidero. Aquel día, había más mujeres que de costumbre porque había venido, desde una aldea lejana, una amiga de la dueña del Círculo. La cual no era otra que la señora María Poole, propietaria de la pensión de la aldea de Belden, en donde Ana había pasado, como sabe el lector, una temporada.

Al ver esta señora pasar por junto al Círculo a nuestra infortunada protagonista, preguntó:

—¿Quién es esa muchacha?

—Es forastera. Se llama Ana Moore y está de criada en la quinta de los Bertlett.

—¿Moore?... No se llama así... La conozco muy bien, porque vivió en mi casa unos días... Y se llamaba la señora de Lennox... Pero, la verdad, es que no tenía marido... En cambio, sí tuvo, en mi casa... un niño...

Todas las mujeres que había en el Círculo se escandalizaron de este relato. ¡Es muy fácil escandalizarse, sobre todo, sin averiguar el por qué! Pero la más escandalizada de todas fué una correveidile llamada Marta Perkins, que no tenía otra ocupación que llevar a todas partes las últimas cosas que hubiera oído, señaladamente cuando estas cosas iban en contra de otra mujer. Así, en cuanto la señora de la aldea de Belden se que-

dó tranquila por haber dicho lo que sabía y lo que no sabía de Ana, la tal Perkins exclamó:

—Mi deber es ir a denunciar a esta mujer a los Bertlett.

Y salió escapada para cumplir su feo cometido. Entretanto, Bertlett padre había dispuesto que, en aquel día de fiesta, Catalina y David se pusie-



sen de acuerdo respecto a su futuro casamiento. Con este propósito los llamó y, después de hacerles algunas recomendaciones, les dejó solos.

En cuanto su padre salió, David dijo a Catalina:

—Mi papá quiere que tú y yo nos casemos... Pero a mí no me parece bien que nos casemos sin cariño. Nosotros nos queremos mucho, esa es la verdad, pero con un cariño diferente del que es

preciso para ser marido y mujer... ¿No es cierto?

—Has interpretado fielmente, hablando de los tuyos, mis propios sentimientos... En este día de fiesta, aprovecharemos cualquier ocasión para hacer entender a tu padre todo esto.

—Dices bien, querida prima. Y gracias, muchas gracias por tu comprensión.

Quedaron de acuerdo, contentos y gozosos de haberse quitado de encima la idea de un matrimonio no deseado.

Entretanto, Ana, como si tuviera un presentimiento de lo que iba a ocurrir aquel mismo día, aprovechaba una ocasión en que se hallaba sola con Bertlett, para decirle:

—Señor Bertlett... suponiendo que fuera yo... lo que usted sospechó que fuese... el día de mi llegada... dado mi comportamiento desde entonces en esta casa... ¿tendría esperanzas de perdón?

—Cuando se falta a la ley—contestó secamente Bertlett—...se falta a la ley... Y una culpa... no puede deshacerse nunca...

—Sí... naturalmente—repuso Ana, viendo desvanecerse toda ilusión de futuro perdón.—Mis palabras eran sólo una suposición...

Entretanto, la correveidile Perkins se acercaba corriendo a la quinta, temerosa de reventar si no daba pronto la noticia recién sabida.

Al fin llegó. Con el primero que se encontró, fué con el señor Bertlett, al que dijo:

—María Poole, de Belden, está en el Círculo de Costura y ha dicho que...

—¿Qué es lo que ha dicho?

—No... no puedo hablar... Figúrese que... No... Es escandaloso...

—Habla, condenada...

—Se trata de Ana Moore... Vivió en Belden,

con otro hombre... y tuvo un niño... Pero no tenía marido...

—La echaré de mi casa esta misma noche.

—No—dijo la esposa que llegaba en aquel momento.—¡Es preciso tener pruebas!

—La señora Poole—afirmó la noticiera—ya se ha marchado.

—Iré a Belden mañana temprano. Y si es cierto... mañana mismo, por la noche, le diré a esa joven lo que debo decirle.

—Por Dios, no—rogó la esposa.

Entretanto, Sanderson, que no podía sufrir la presencia de Ana, aprovechaba la ausencia de los dueños de la casa para acercarse a la joven y decirle:

—No puedo tolerar tu presencia cerca de mi casa.

—Lo que no puedes, miserable, es, mientras yo esté aquí, llevar a cabo tus planes acerca de Catalina...

—Si averiguan tu vida pasada, no tendrás más remedio que marcharte...

—¿Y si averiguan la tuya?

—Un hombre es distinto.

Hubieron de cortar el diálogo porque entró David. Sanderson, al verle llegar, salió. Y el joven dijo a Ana:

—Ya he acordado, con mi prima, lo que debemos hacer. ¡Soy libre! Y no puedo callar por más tiempo. ¡Te amo, Ana, y quiero que seas mi esposa! Hoy mismo hablaré a mis padres de ello.

—No lo hagas, David. Será inútil. ¡Yo no puedo ser la esposa de nadie!

Tan enérgico fué el tono de estas palabras, al propio tiempo que tan estremecido de emoción, que David adivinó que tras de ellas había un te-

rrible misterio. Y no se atrevió a inquirir de qué se trataba. Una pena sin límites hizo presa de él y salió de la estancia en silencio.

A la mañana siguiente, Bertlett partió hacia Belden para averiguar la verdad respecto a Ana. Llegó al mediodía a la pensión de la áspera señora Poole. Interrogó. No tuvo que rogar mucho. Aquella señora habló largamente y dijo cuanto le vino en gana de la infortunada víctima de Sanderson. Finalmente, afirmó:

—Todo lo que he dicho es cierto.—Su hijo nació en este mismo cuarto.

En seguida de oído esto, Bertlett emprendió el regreso a la quinta. Llegó a ella al anochecer. Nada dijo a nadie de lo que había averiguado. Pero poco después, a la hora de la cena, a la que, como otros muchos días, había sido invitado Sanderson, al entrar Ana en el comedor con el primer plato, a servir la mesa como de costumbre, Bertlett, secamente, le dijo:

—No quiero cena de tus manos.

—¿Qué ocurre?—preguntó Ana, ingenuamente.

—Ocurre, que ha llegado la hora de que hagas tu atillo y te marches de esta casa.

Ana iba a decir algo, pero Bertlett no la dejó, añadiendo:

—No quiero pláticas ni disculpas. ¡Vete!

Intervino la esposa, en favor de Ana, diciendo a su esposo:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que debe marcharse de esta casa ahora mismo... Eso quiero decir... He averiguado su vida... y es indigna de continuar aquí... Es madre de un niño... y no tiene marido...

—Diles que es mentira—gritó David.

—No puedo... amigo mío... Es verdad...

Y luego, dirigiéndose a Bertlett, añadió:

—Si tanto averiguó usted, ¿cómo es que no lo averiguó todo? ¿Cómo es que no averiguó que yo era una niña inocente, engañada por un miserable con una falsa ceremonia nupcial? ¿Cómo no averiguó que ese miserable es huésped de honor continuamente en su casa? ¿Que ese miserable no es otro que Sanderson, aquí presente, y para quien ustedes tienen tantas atenciones? ¿Cómo no ha averiguado cuál era mi vida antes de conocer a este infame y cuál es la suya de siempre? ¿Por qué no ha averiguado toda la historia? Si lo hubiera hecho, no me condenaría a mí, sino a ese hombre indigno que me traicionó.

Y dicho esto, salió de la casa, corriendo, hacia el campo, hacia el río cercano, como para buscar refugio en sus aguas, refugio eterno.

Había estallado una tempestad fragorosa. Ana, a través de los campos, sufría los terribles embates de dos tempestades: de la moral, que había estallado en su cerebro, y de la que habían desatado los elementos.

David, que salió tras ella, volvió en seguida a la casa gritando:

—¡Ana se ha perdido en medio de la tempestad! ¡Salgamos todos a buscarla!

Y como nadie le contestara, salió él solo, decidido a salvar a la mujer que amaba. Poco después, recorría todos los campos circundantes gritando con estremecida voz de angustia:

—¡Ana!... ¡¡Ana!! ¡¡¡Ana!!!

Llenó todo el espacio con el nombre de ella, con gritos desesperados.

Pero ella no le oía. En su carrera loca, a través de la nieve, colmada ya la medida de la tortura y de la desesperación, escuchaba el ruido sor-

do de las aguas, que le parecía un llamamiento de paz.

De súbito, disminuyó la tempestad, y, como consecuencia de ella, el hielo empezó a romperse. Ana, quebrantada, no pudo llegar hasta el río y cayó, desvanecida, sobre un enorme bloque de nieve.

Las aguas abundantes de la tempestad se precipitaban hacia el río, rugiendo como una catarata. Y grandes témpanos de hielo eran arrastrados por ella.

Ana continuaba, sin conocimiento, sobre el bloque en que ya sus fuerzas se agotaron. Y el bloque estaba a punto de ser arrastrado.

David, entretanto, seguía gritando, mientras corría, su angustioso llamamiento. También por otras partes buscaban a la infortunada los demás habitantes de la quinta, y entre ellos Sanderson.

De pronto, David descubrió el cuerpo exánime de la joven. Y corrió hacia él. Llegó cuando ya el bloque comenzaba a resquebrajarse. Un momento después, habría sido tarde.

David cogió a su amada y con grandes esfuerzos la alejó del peligro que corría. Tuvo él mismo, mientras caminaba, más de una vez, que evitar el caer y ser arrastrado, con su carga preciosa, por las aguas turbulentas. Al fin, consiguió alejarse del peligro inmediato, refugiándose en una modesta casita del bosque, donde ordenó a los moradores:

—¡Pronto, pronto!... ¡Vayan al pueblo y digan al médico de mi parte que venga en seguida!

Hacia la madrugada Ana estaba ya fuera de peligro, y al abrir los ojos tuvo una mirada de agradecimiento para cuantos le rodeaban.

Habían llegado los demás habitantes de la quin-

ta y Sanderson. El cual, al ver que Ana volvía en sí, se acercó a ella y dijo:

—Ana... Perdón... Reconozco mi infamia... y estoy dispuesto a casarme contigo... ahora... formalmente...

Iba a decir algo más, pero al ver a David que la miraba con un cariño infinito, al ver a aquel hombre al que amaba tan profundamente y del que se sabía amada con igual fervor, añadió:

—¡Ahora... ya es tarde!... Pero te perdono todo el mal que me hiciste...

Pocos días después, en aquella misma casita del bosque, rodeada de todos los que, inconsciente o deliberadamente, le habían hecho tanto mal—hasta la Perkins estaba,—Ana contraía matrimonio con su amado David, que supo comprender toda la inocencia del pasado de Ana y toda la grandeza que atesoraba su alma.

Y así, después de salir, más bella que nunca, de las dos tempestades que amenazaron su vida, Ana comenzó a ser plenamente feliz. ¡Bien merecido lo tenía!

El bosque circundante fué testigo del grande amor de Ana y David.

FIN

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

1. *Robín de los bosques*, por Douglas Fairbanks. —
2. *El sello de Cardí*, por Betty Blythe. — 3. *La agonía de las águilas*, por Severín Mars y la Morlay. — 4. *La casa del misterio*, por Masjoukine y Elena Durly. —
5. *Día de paga*, por Charles Chaplin (Charlot). —
6. *Una carrera en Kentucky*, por Reginald Denny. —
7. *El flirt*, por Ellen Percy. — 8. *Chiquilín y Chiquilín hospiciano*, por Jackie Coogan. — 9. *Theodora*, por Rita Jolivet. — 10. *¡Qué tontos son los maridos!*, por Enid Bennet. — 11. *Señal de amor*, por Mary Pickford. —
12. *Distracción de millonario*, por George Arliss. —
13. *La Duquesa Misterio*, por Hesperia. — 14. *Las apariencias engañan*, por María Prevost. — 15. *El triunfo de la vía férrea*, por Alma Tell. — 16. *El excéntrico*, por Douglas Fairbanks. — 17. *Amor de antaño*, por Doris Keane. — 18. *Cobarde en apariencia*, por Frank Mayo. — 19. *El sello del silencio*, por Tsuru Aoki. —
20. *Su majestad el americano*, por Douglas Fairbanks. —
21. *La voluntad de un hombre*, por Dustin Farnum. —
22. *Besada*, por María Prevost. — 23. *Parodia de «Los tres mosqueteros»*, por Max Linder. — 24. *Retribución*, por Gladys Brockwell. — 25. *Matrimonio accidentado*, por Louise Fazenda. — 26. *Abnegación de madre*, por Louise Calliney. — 27. *Hora terrible*, por Hesperia. — 28. *El desquite de Garrison*, por Jack Pickford. —
29. *El juramento*, por William Russell. — 30. *La Bohème*, por María Jacobini. — 31. *El gatito montés*, por Hoot Gibson. — 32. *Bajo la nieve*, por María Jacobini. — 33. *Como un cuento de hadas*, por Gladys Walton. — 34. *Vidocq*, por René Navarre. — 35. *Las dos huérfanas*, por Dorothy y Lillian Gish. — 36. *Tess en el país de las tempestades*, por Mary Pickford. — 37. *Violetas imperiales*, por Raquel Meller. — 38. *La seducción de Afrodita*, por la señorita Meredith. — 39. *Las dos tormentas*, por Lillian Gish.

Precio de cada ejemplar, 25 cént.

Se sirven números sueltos o colecciones enteras, previo recibo de su importe.

PUBLICACIONES MUNDIAL, Bañará, 15, Apartado 925, Barcelona.